

MENSAJE DEL CÓNSUL GENERAL DE COLOMBIA EN NUEVA YORK CON OCASIÓN DEL PRIMER ANIVERSARIO DE LOS ATENTADOS TERRORISTAS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Nueva York, 11 de septiembre de 2002

Hace un año nuestros ojos y oídos no daban crédito a la dimensión de una tragedia que tocó lo más hondo de nuestros corazones y que tenía, además, el duro ingrediente de ser provocada, no por la naturaleza imprevisible, sino por la acción de hombres contra hombres.

Era fácil perder la esperanza. Más allá de las torres, símbolo de la nueva arquitectura y de Manhattan, estaba la pérdida de miles y miles de vidas humanas que dejaron familias desgarradas en toda Norteamérica y también en varios países del mundo que, como Colombia, lloraron sus propias víctimas.

Pero el coraje y la bondad del corazón humano es superior a la más grande de las tragedias. No acababa de suceder el hecho infausto cuando ya había cientos de policías, bomberos, paramédicos y voluntarios entregando lo mejor de sí, corriendo riesgos por sus semejantes y poniendo en práctica los mejores valores de la humanidad.

Desde ese momento hasta hoy no han cesado las manifestaciones de ayuda y solidaridad a las víctimas y a sus familias, y sobre el terreno que una vez ocuparon las torres se han alzado torres de luz que simbolizan el ascenso del hombre sobre el dolor y sobre sus limitaciones.

Desde Colombia, un país que ha sufrido mucho por la inclemencia de una violencia promovida por unos pocos intolerantes y por el problema mundial de las drogas ilícitas, hoy quiero enviar un nuevo saludo de solidaridad y simpatía al pueblo norteamericano, a todos los familiares de las víctimas y muy especialmente a todos los habitantes de Nueva York que han aprendido a construir y a convivir, que han demostrado un gran coraje y que hoy reciben todo el afecto de la comunidad internacional.

El 11 de septiembre de 2001 lloramos por la crueldad de unos pocos. Hoy, un año después, renovamos nuestra fe en el ser humano gracias a la solidaridad de muchos.